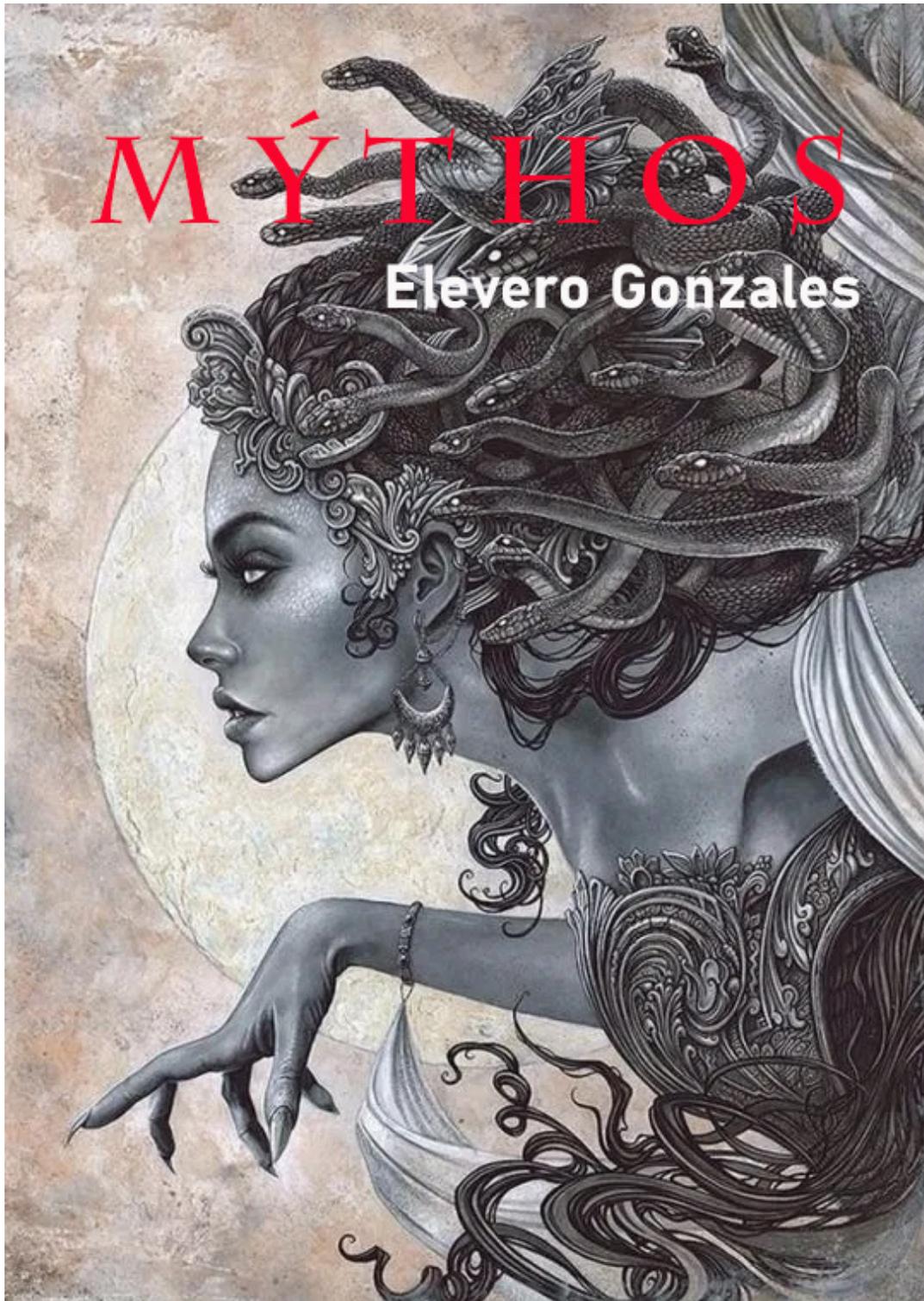


Mythos (v.Beta revisada)

Elevero Gonzales



Capítulo 1

Eco

Desconocía —por ese tiempo— lo del omnigrón, lo de los fotogramas, lo de las intrigas Olímpicas, lo de las rapaces artimañas. Tal vez aquel desconocimiento me ponía a salvo de los horrores: la ignorancia suele modelar una sonrisa bobalicona ante lo que debería causar estupor. No obstante, sin saberlo, desde aquel lugar, inauguraba un periplo díscolo, ampuloso, amputado de rectas, lleno de sórdidas curvas.

En esa época viajaba por Wyoming — Thermopolis, si mal no recuerdo— sin búfalos y con osamentas; la ruta exonera explicaciones cuando la abulia ronda el cerebro después de las primeras seis horas. Debí parar. De sopetón, sin aviso.

Recibí los fotogramas mientras desayunaba huevos revueltos en el 7 Lazy S Cafe and Bar; quedé de lado, envarado, trepidando los dientes. Fue así:

Eco distraía a la Consorte con el farfullo constante de anécdotas risueñas; desde su boca rústica salían palabras, palabras, palabras que dejaban a la Consorte distraída, diametralmente opuesta al demiurgo y ajena a sus lanzamientos de anzuelos sobre ninfas, nereidas, musas, vestales, bacantes propiciatorias, todas ellas emisoras de generosos fluidos humorales. Su boca, a causa del farfullo, secretaba una baba pegajosa, ambarina, perfectamente orgánica. Alguien —no se quien— había puesto una cánula finita en la comisura izquierda de su trompa para succionar la babaza y almacenarla en una clepsidra pues la secreción tenía facultades gástricas y organolépticas. El farfullo había cobrado tal velocidad que los dientes-púas de Eco habían comenzado a lastimar sus propios labios.

La Consorte toda boba, estaba alelada y absorta; así Eco cumplía su cometido y lograba su recompensa: Narciso, el amor de Narciso, el que no podía amar, pero ella sería amada por Narciso. Tendría su apéndice metido entre sus patitas y sería feliz.

Por eso todo el farfullo y el meta y ponga de palabras, para que el Oído de la Consorte escuche lo que decía y no lo otro: los gemidos, los anzuelos dorados, los goces, los goznes, los gimoteos, la eyaculación del demiurgo en vientres sembrados de clavos y trampas, allí cerca, pero no tanto.

Sangraba Eco, se comía los labios pero el farfullo seguía embobando a la Consorte que comenzó a manosearse con sus dedos-agujas. Era

minuciosa y no llegaba a lastimarse.

Y pasó el tiempo.

Un babilónico llevó su lengua a enrolarse en el órgano timpánico de la Consorte y allí, comenzó su diatriba delatora mientras se tocaba disimuladamente su minúsculo órgano. Genuflexo, hacía honores, prorrumpía en reverencias y sus ocelos húmedos delataban traición sin transición. Propuso una felación pero la Consorte lo destazó furiosa en contados segundos. Herido se dejó morir sin consecuencias entre estertores, gorgoteos trémulos y espasmos de insecto.

La ira de la Consorte se convirtió en sempiterna una vez anoticiada de la trampa de Eco. Invoco venganza. Tomo ganchos, alambres, trocitos de espejos, esparadrapos, candados, silicios y llamo urgida a las Furias, que orondas, comprobaron su ira, conversaron entre ellas de macramé y fetos y luego la secundaron prolíficamente.

Así la Consorte, mando llamar a Eco y esta vez no hubo farfullo que la distrajera.

Tenso los alambres, mal puso ganchos, desgarró, quemó, uso los trocitos de espejos: todo sobre la garganta de Eco que estaba con una estaca fija a un muro de asbesto, estática, quieta, extendida.

La Consorte ejercía laceraciones, prodigaba dolor y no amparaba piedad, pero si reía con chirridos metálicos un poco inquietantes.

Luego de todo y molesta por lo breve, la Consorte clavo con tachuelas un papelito que ponía "Itero, solo itero". Lo hizo sobre la frente de Eco con una primorosa grafía y ampulosos gestos que levantaron comentarios halagadores en el gentío.

Cerró estéticamente su obra con el esparadrapo.

Alguien aplaudió y el demiurgo omnipresente gruñó, pero Eco nunca más farfulló. Solo iteró y así todo el tiempo.

Quede sinuoso a causa de la novedad, aquello había sido un tanto subrepticio, innecesario. Verifique algunas de mis pastillas más escandalosas. Estaban todas y cada una en su lugar. Sorpresa.

Capítulo 2

Esfinge

Denver, Colorado, al día siguiente.

Claro, todo aquello de los fotogramas me dejó afectado en mi costado. Aun trataba de sacar de su encriptación los significados y despejar significantes de la pasiva experiencia. Conducía mi Buick rojo. Encendí un Saratoga cuando sentí que los barbitúricos comenzaban con su efecto esperado. Cantaba —creo— algo de Reo Speedwagon, cuando otra vez, sobrevinieron los fotogramas. Fue así:

Tenía rostro y tetas; del primero habían sido extraídos los labios y la nariz: chotacabras bribones se los habían devorado como una gracia, como una broma, mientras ella, pétrea, dormitaba. Ellos pagaron su felonía con equitativas decapitaciones a manos del demiurgo. La mutilación desató consecuencias anatómicas y anímicas: la boca manaba bilis negra, una mirada llagada de brasas rojas, un carácter catedrático, un castañeteo constante de dientes, una paciencia dañina.

En esa transmutación había perdido la bipedestación; era perra, draco, ave y leona; siempre en celo dejaba un reguero de baba gelatinosa color ámbar desde su vulva.

Pétrea, peticionaba replicación a sus triquiñuelas, entelequias y silogismos falsos. Reía ufana ante el fracaso, defenestrar a su candidato, magullaba sus cuencas haciendo mohines de supuesta mocedad, todo bajo un estado de excitación malsano. Ladina urdía rebusques y retruécanos, meaba en un tarrito y precipitaba mancebos desde cimas de grava y polvo ante el aplauso y algarabía de los Resignados.

Ellos —los Resignados— se iban acumulando en hacinado racimo. Eran concupiscentes, lascivos y le hacían guiños de ojos constantemente. Ella indiferente a esos visajes esperaba a las víctimas, imaginaba cosas ominosas aguzadas y lentas hendidas en anatomías orgánicas, incluía crótalos, exageraba victorias y se volvía viscosa.

Todo así, hasta que llegó el asexuado.

Llevaba un carbunco incrustado en el pezón izquierdo, amuletos, cartapacios, sextantes, una agujita, anzuelos clavados por Minerva en los omóplatos, fetiches, una jofaina con almizcle.

Con un palito aguzado lobotomizó Resignados. Uno a uno fueron penetrados en las cuencas, hasta que bobos, solo babeaban.

Ella iracunda lanzó su laberinto, pero el asexuado, displicente y como quien no quiere la cosa, lo resolvió y se acercó a ella con pasos de giga, hundió clavos en sus ojos, le dijo: C'est la vie y la dejó allí.

Los Resignados —que ahora eran bobos por la lobotomización que el asexuado les había infligido— se abalanzaron y la devoraron ante el estupor paralítico de Ella misma. Dos horas después murieron envenenados.

¿Yo?, pues todo aquello era una novedad para mi: los fotogramas, la atmósfera ozonizada que sobreviene; me dejó taciturno y un tanto ufano.

Capítulo 3

Palas Atenea

Viajaba por Utah vendiendo aspiradoras—todo un estereotipo— desde St. George a Logan por la ruta 5. Cruzaba el estado de sur a norte y luego de norte a sur a bordo de mi buick rojo, desesperando a amas de casas y cobrando comisiones de Westinghouse.

Fue en Salt Lake que vi por primera vez a Palas Atenea.

Estaba desnuda a orillas del lago con su partesana en reposo y su búho lejano.

Invisible para los demás, se doto de conocimiento de mi y me petrifico para examinarme de cerca con sus anzuelos dorados y sus sempiternos ocelos violetas; barítona llamó a su mochuelo castaño que me miró de hito en hito diagnosticando tragedias.

Yo erecto y petrificado nada dije ni hice y no por falta de oportunidad, sino por abundancia de inmovilidad. Ella dijo:

—Ea tú, que puedes verme, eres el que ha ocurrido y me temo que no puedo dejarte ir sin arrancarte un oficio.

Sus anzuelos dorados divagaban, se retorcían e inmiscuían conmigo mientras reclutaba voluntarias para una felación inminente. Luego declaro que yo sería su Cronista y me expreso la posibilidad de un omnicon. Enarboló una sentencia, hizo algunos gestos promiscuos, guiños procaces, algunas caricias consortes, muecas fortuitas hasta que con esos visages y colateralmente, atrajo a las gentes que comenzaron a acumularse en nuestro entorno: bosquimanos, turricefalicos, pirgo cefálicos y cilindro cefálicos formaron un coro que en tono de sonsonete pretendían rendirle pleitesía. Ella se desentendió de la chusma lanzando su laberinto; de ellos solo quedo un detrito áspero y gemebundo que se mezcló con las aguas; luego se fue entre volutas de un gas azulado y cáustico.

Yo, desatendido y ya sin la petrificación manifiesta, me aleje con paso de murga lo más discretamente posible.

No comprendí inmediatamente el peso de la responsabilidad. De hecho el omnicon era un enigma para mí.

Fue así que conocí a Atenea: desde mi omnicon.

Era una muchachita bucólica y lacustre con mucha afición a usar su lanza: la introducía y hacía daño. Diosa se declaró desde un principio pero hicimos buenas migas lo que disgustó un poco a Minerva pues la una era romana y la otra griega, pero la misma (?).

Yo me quedé un tanto extasiado ante su dicotómica actitud, luego— tres días después— me llegó por correo un cartapacio y una pluma de pavo real que según el mito provenía de Venus.

Cuando mi omnicon derivó hacia atrás, pude atisbar un diorama solemne y estático que comenzó a cobrar animación. Fue así:

El demiurgo, ya romano, había fagositado a Metis por cuestiones de buen gusto, paganismo, peso, envidia y cierto pragmatismo mal entendido. Devorada ya Metis, creó tal indigestión en él, que hubo de llamar a su hermano que de entre el magma apareció seguido de meretrices gesticulantes. Llegó caracoleando, vetusto, analfabeto y con aspecto de mendicante. Como sea, hundió el hacha en la cabeza del demiurgo que omitió morir, dejó de lado el detalle de desfallecer, sentir dolor y agonizar, nada de eso; por la herida salió Minerva —que es Palas Atenea pero romana—, búho y alabarda, ya madura, sexual y con su mal humor tan característico.

Los coreutas se apresuraron a recitar una oda a la precoz diosa, pero veloz ella les decapitó para su propio goce: el demiurgo dijo algo así como "de tal palo tal astilla" y todos rieron.

Capítulo 4

Némesis

Por esa época rondaba por New Hampshire intentando pasar desapercibido —había urdido unas estafas contra el clero— y recién tomaba conciencia de mi omnicon, aunque no sabía bien que era.

A pesar del desconocimiento, lo que sigue, me fue referido por Palas Atenea. Se apersono en un hotel de mala muerte donde yo paraba, simulando ser una halterófila consumada. Confió en que sea un reflejo fidedigno de los hechos aunque no puedo dar garantías.

Atenea refirió, yo ahora lo refiero:

Una Diva muy prolifera en fetos hacía alarde, se ufanaba y afanaba en afamar a su vientre dotado de fecundidad; trece eran sus crías paridas entre hembras y machos.

La Diva lanzaba dardos desde risas y fanfarronas declaraciones, ampulosas palabras, gestos grandilocuentes y algunas denigratorias declamaciones; prohijó así su infortunio.

Renegaba lastimosamente de su —para ella— injustificada mortalidad y tomó como diana a Leto.

Nada bueno ocurriría.

Dijo así:

—He celebrado por trece veces la vida, sin embargo solo soy Reina de mortales— y agregó —Cerca del demiurgo hay Una que solo dos ha parido: un hijo afeminado y una hija machorra y Ella goza de su fama, su inmortal disposición y ocelos multiformes.

La Diva llevaba goznes en sus clavículas y obliteraba sus omóplatos de forma asombrosa gracias a este artificio. Tenía ocelos verdes tornasolados pero su mirada estaba fijada por unos quistes malsanos y debía girar la cabeza para cambiar de plano focal.

Su petulancia metamorfoseada en unas moscas enormes, ponía huevos bajo su piel; ellos —los huevos— eclosionan con sonidos apagados puf puf puf puf, hedores sinuosos y escatológicas consecuencias; sus tetas eran colgantes y apopléjicas, las había unido con un cordel de cáñamo para un

transporte más adecuado.

Así ufana la Diva se movía, desde el dintel seguida por homúnculos que le miraban concienzudamente las nalgas. Iba de ventana en ventana, probaba las fallebas y verificaba a sus crías una a una. Así todo el tiempo.

Los homúnculos omnipresentes, intentaban violarla casi siempre, pero la Diva los desdeñaba desde un pedestal lleno de hostias consagradas y quedaban convertidos en detritos en un tris.

Mientras tanto, en una cima, Némesis elucubraba futuros panegíricos cuando el exceso de la Diva la ofendió. Hermosa como Minerva pero con tetas más grandes y frente despejada, tenía largas trenzas con anzuelos lustrosos en las puntas. Solía lanzarlos sobre los excesos, sobre los excedidos y encendía desde los anzuelos, pequeñas fogatas.

Era todo un espectáculo ver su andar desde atrás mientras convulsionaba víctimas; ¿su rostro?: Ella jamás emitió una mueca, un gesto, un genuflexo o un nexo por eso no tenía arrugaciones. Omitía exageraciones y el gesto como se sabe, es una exageración de la palabra.

Nemesis mandó una de sus trenzas a Leto con un zaparrastroso que embobado la idolatraba; debía darle un mensaje:

—Araca la cana recorta los excesos pequeña Leto y haz de la ofensa el elam de tu venganza.

Leto furiosa y secundada por Nemesis, llamó a su hijo Apolo y a su hija Artemisa y los dotó de venganza, ira, absolución y pesimismo. Ambos —Apolo y Artemisa— habían trocado sus rodillas por crapodinas y sus brazos por clepsidras de oro y granates engastados; lucían unas peinetas primorosas llenas de carbunclos.

Leto declamo una peroración a sus hijos que atrajo a una multitud de fisgones de decadencia evidente, menesterosos que buscaban una proximidad a su divina disposición, pero Leto lanzó su laberinto e impuso un flagelo para alejar a la chusma.

Según Atenea aquello fue hilarante.

Todos esperaban que la Consorte ocurriera en auxilio de la Diva, pero hizo mutis por el foro y le dio cajas destempladas a la situación. Por demás de ocupada estaba, en ver los tejemanejes del demiurgo, sus nuevas conquistas, sus nuevas penetraciones en lontananas locaciones.

Artemisa fue la más furiosa; llevaba algunos resortes de acero al cromo níquel en sus bíceps y enarbolaba venablos; también excitaba a sus galgos, les arengaba y les daba de beber de su sangre menstrual para

acicatear su furor, ellos —los galgos— se aparearon con las hijas de la Diva para gran humillación de los espectadores.

La Diva solo atinó a clavar su mirada en el hecho.

Artemisa había confeccionado unos palos de oricalco y los metía en los culos de sus hijos hasta ocasionarles la muerte.

Apolo se encargó de la Diva. Con varios clavos de gran tamaño, la fijó a un muro a la manera de catafalco y alentó a los homúnculos a violarla, pero aquella sanción le pareció poca y mandó a los parias, a los viandantes y a los amanuenses todos al mismo tiempo por sus oquedades. También se encargó de los demás hijos. De manera displicente, llenando de circunspectos edecanes los talamos, "Óbice!", exclamó, y cómo uno todos ellos fueron pasando por el estaquio a la restante prole.

Solo dos de los hijos de la Diva sobrevivieron y eran hembras; Leto invocó piedad y sus hijos obedecieron pero igual fueron preñadas por los galgos de Artemisa.

Grande y prolifera fue la muerte ese día!!!

Minerva se enojó pues Atenea me había ido con el chisme y ella buscaba una exclusiva. Yo, sin saber que hacer, argumente mi falta de experiencia y Minerva (no Atenea) me hizo un desprecio. Atenea sonrió.

Lo de Minerva y Palas Atenea me ponía en una entelequia leguleya. Una era la otra como la otra era la una. Mediaba solo una cuestión etaria y de terruño. Decidí —luego sufrí las consecuencias— serle fiel a Palas Atenea.

Capítulo 5

Caronte

Había tensado sus ruelas, cadenas y obsoletos artificios desde una barca seca y poblada de quebrantahuesos pilosos.

Era su labor recoger los óbitos, oblicuos, obliterados, obtusos que ahítos de muerte habían despilfarrado la vitae en empeños absurdos y por demás de morosos.

Tenía —Caronte— ganchos unidos a una roldana de ébano gargantuesca y pequeños garfios por dedos: eran acerados y con espuma negra; su sobrepelliz obstinada lucía manchas de bilis y estaba desgastada en los bordillos.

Los óbitos traían sus consecuentes óbolos, sus iteradas excusas y un papelito pegado con lacre en la frente que rezaba en talmúdico la causa aparente de su propio deceso. Barruntaban nuevas tragedias desde una lógica abstrusa y hacían gestos repudiabiles mientras Caronte se acercaba.

Mi omnicon se había inmiscuido más de la cuenta en una polémica sobre la sequedad de las narinas con una óbito que no quería reconocer su deceso por asfixia. Alrededor, los demás —que eran trescientos dos— hacían mohines procaces y execraban su puta suerte.

Mi omnicon avisoro un fugaz movimiento, de reajo lo hizo.

Atinó a pasar por tal légamo sombrío, Minerva: llevaba un lazarillo, su búho, un bastón, una diadema y la consabida jofaina: Quedó inmediatamente impedida, paralizada, petrificada a causa de una maldición espeluznante y Caronte sonrió imaginando las humedades de la Hija a su disposición.

Algunos quebrantahuesos levantaron el vuelo sobre el agua negra y graznaron presagios inoperables.

Minerva estática.

Desde mi omnicon decidí intervenir, —so pena de ganarme el odio del barquero— y sacar a Minerva de su entelequia y ensimismada apariencia; la Consorte también vería con buenos ojos cualquier infortunio de

Minerva, pero desde mi omnicon parecía todo muy coloquial y sacro.

¿Yo? pues en Pensacola, tomaba un daiquiri, pero estaba seguro que me podrían rastrear desde mi omnicon.

—No creo— me había dicho Atenea en mi última visita a Lesbos— La unión es umbilical y pasiva, déjate estar.

Dijo esto mientras se rascaba debajo de la axila un golondrino sexagenario que no la dejaba en paz; descubrí que Minerva y Atenea eran la misma y eso me creaba un insomnio pertinaz y palpitaciones paganas. Las abluciones recetadas no mejoraron la cosa.

Caronte se hacía agua desde su boca mirando el culo de Minerva, entonces le explique — a Minerva— desde mi omnicon que era lo que la tenía patitiosa, como debía combatir su terca estasis y que preces levantar.

Ella lo hizo y omitió cualquier agradecimiento. El lazarillo le ofreció su brazo pero ella lo fulminó con la mirada, luego se fue del Averno, mientras su búho hacía comentarios oportunos sobre la omnipresencia del demiurgo.

Yo, desde mi omnicon, dude.

Caronte furibundo desgajó a los óbitos, les sacó sus monedas, mandó a los quebrantahuesos a por ellos, haciéndoles muecas genitales. Algunos querían correr pero sus intentos resultaban patéticos desde un rigor mortis descaradísimo.

Mi omicron se sintió auscultado e intentó huir sin lograrlo. A último momento, logré salir de su conexión apelando a la Quinta Enmienda. Subí a mi buick rojo y salí bordeando la costa por la 90, a ciento veinte millas por hora.

—Maldita Atenea— susurre para mi.

Así descubrí la unión con mi omnicon.

Capítulo 6

Medusa

Mi omnicon balbuceaba una narración inquietante, decía así: Minerva es Atenea pero romana.

Yo llegaba a ciertas conclusiones mientras caminaba por Cleveland metamorfoseado de menestero. Todo en aras de evadir la sempiterna persecución a la que me veía sometido por una estafa al clero, sabiamente hurdida que había cometido.

Especular era la espectacular identidad de ellas —de Minerva y Atenea— así idénticas, como gemelas pero una: ora griega, ora romana. No, no había tal necesidad, concrecionaba yo, mientras arrojaba piedritas al lago Eire.

Atenea simulaba sofismas ensimismada con gaviotas; cetogénica, telúrica, llena de humedades jugueteaba con mi omnicon: le susurraba íntimas mocedades, lampiña movía sus anzuelos dorados, se sumía en sueños de cornezuelo, dejaba la mirada con clavos, y empecinaba a imbéciles por doquier.

Ungí enseres apotropaicos en mi omnicon para evitar desvelos posteriores y me incluí en una petulancia que me puso de costado contra una pared, la mandíbula desencajada, los ojos con clavos, rígido y el orín corriendo por mis tobillos, nada fenomenal; emule óbito, Atenea se constriño a reprimir hilaridad y se tomo el palo con mi omnicon.

¿Yo? quede abúlico, pétreo, así de costado, contra aquella pared de alabastro.

Cuando llegaron los fotogramas yo no supe de dónde, pues mi omnicon estaba en contubernio con Atenea. Fue así:

Miles de tipos y tipas y edecanes y canes, la adoraban en aquel lugar y Atenea semidesnuda se dejaba. Pero el gentío era tal que las babas llamaban a repulsión, las multitudes eran gimoteantes, pasivas y mendigaban portentos benéficos y egoístas. Así, Atenea instituyó Medusa y la dejó a cargo de las adoraciones, (imagen: sacerdotisa, virgen y bestal), dotada de características y aptitudes afines.

Ufana se vanagloriaba (Atenea) de lo divina que era Medusa y lo acertada de su designación y se alejó a recibir masajes.

Mi omnicon, azorado, confuso se quedó con Medusa Divina y perdió de vista a Atenea que salió por una puerta lateral con paso de giga.

"Bella Medusa", decía mi omnicon, mirando su ombligo, pues así lo era: de belleza sin igual y piel sedosa y pálida, sus cabellos de fina seda hilado, ocelos traslucidos y actitud virginal, anzuelos de fino cristal y varios émbolos por debajo de sus carnes más suaves.

Así estaba Medusa, en el peristilo con los gemebundos, levantando susurros procaces y deseos furtivos, diva, ufana y pía, creyó que era más bella, más sabia, que su misma pro-creadora Diosa Atenea. Tan así que un demiurgo atlantificado se llegó a ella y la gozo repetidamente sin nada de modales, allí delante de todos.

Mi omnicon estaba decúbito dorsal, dejó a cuenta sus ojos claveteados de lentejuelas y se tornó delator.

Atenea se apersonó furiosa por la afrenta orgullosa de Medusa, acompañada de nereidas y mancebos virgenes tocando el pifano.

Encontró a Medusa descuajeringada y laxa; comenzó la faena de descomponerla; tomó sus cuartillos y los llenó de escamas, puso dos ascuas por ojos y la dotó de odio, rencor, perfidia, malevolencia.

El gentío gritaba excitado y pronto quiso tomar parte del desenfreno pero Atenea les dejó sin rostro y nadie pudo reconocerse por unos días.

Mi omnicon gesticulo y se puso a reparo.

Fue tal el escándalo que atraída Artemisa acertó a pasar por allí y viendo a Medusa Esperpento envidió sus sedosos cabellos. La furia de Atenea no se extinguió y tomó tan mal aquel halago de la Cazadora que cada cabello de Medusa se convirtió en sierpe, crótalo y víbora, luego lanzó —Atenea— su laberinto y Medusa ganó en destierro y soledad.

Mientras tanto en Cleveland, yo era apresado y puesto tras las rejas por autoridades competentes y federales.

Capítulo 7

Ifigenia (parte 1)

Reo, tras la comprobación del delito, me empecine en la distracción de visiones de Atenea en tetas y desopilantes situaciones.

La estafa había dado sus frutos y la vispera me encontraba así, apoltronado contra una pared allende barrotes ferros, olor a trementina, monitos en uniforme azul, orines y putas tatuadas.

In situ, llegaron fotogramas, deje a cuenta mi sosegada vivencia y relaje mi cuerpo. Fue así:

El demiurgo omitió un resplandor y levantó panegíricos entre sus mortales sequitos.

Tenía la bolsa llena de esculapios esculpidos y escáfulas taurinas unidas con anzuelos a damitas sonsas de esas que entregan, hacen mohines, se relajaban y de relajo ahitas ellas se sienten peripatéticas, aunque de eso nada: solo miraron una vez a la Esfinge y ella —la Esfinge— las volvió sonsas.

El dómo las esperaba desde hacía un siglo. Vacío miraba con su único ojo —basilisco declarado!— las tiasas tetas, los triángulos invertidos y las fogosidades sempiternas. ¿Las intenciones? Eso creo que intentaban. Llegar. Llegar de alguna manera o de cualquiera, pero se demoran en tontas reflexiones y ocupaciones baladíes, así todo el tiempo. Durante un siglo desde un resplandor azulado, desde el azogue plateado y helado, desde un lumpen orgasmo no genital, desde un lubricado y considerado —por todos!—menesteroso imago.

Y dije llegado el punto, estas cosas reveladas por mi omnicon huido con Atenea, pero sonó un poco de costado, un poco mezquino y torcido. Al fin así lo dije y musitando un palíndromo ramplón y cursi me levanté del jergón con paso de jota

En ese lugar había quedado mi omnicon clon —juro que no fue mi intención!— que se hastiaba de malabaristas circenses hegemonícamente púberes, menesterosos de originalidad y con frustrantes fracasos —ilas clavos se les caían!— mientras sus patitas tallaban cirílicos símbolos, avernales invocaciones y tullidas ninfomanías en un asfalto sin cambios. Sus humores tenían el espesor y la textura de una aponeurosis gatuna

(imagen: placentas y medusas) y gemían por lo bajo con riesgo de gozar, pero no lo hacían, solo gemían, gimoteaban y hacían como que sí, pero no.

Ella —Ifigenia—, sonsita toda, lo miraba desde unas esferas grises llenas de clavos y alfileres. Así mantenía ella sus ojos fijos y evitaba el parpadeo. Así, no perdía fotograma. Ni parpadeos.

Sus esferas eran como pasas o como vaginas —según el ángulo que se las mire— pero de las secas. En su tegumento tenía prendidos con alfileres de gancho papelitos rosas con frases de Heráclito.

Filosa filosofa no llegaba a esos páramos y se quedaba en una meseta heresiarca.

—La cosa es así— le dije a mi amigo que pagó fianza, recién llegado de la península ibérica— Tomas un papelito y ella se explaya con respecto al texto, por horas.

El demiurgo no perdió el tiempo y confundió algunas letras. Haciendo tango simuló un giro procaz y generoso, lanzó sus anzuelos dorados.

Luego Minerva oiría las consecuencias desde un chistoso pelafustan que le susurraba cosas al oído y se erectaba ante su presencia. Minerva quedó fría envuelta en su chisme, chistes y circunvoluciones desmenuzadas. Estaba entre abierta y rodeada de mancebos hasta que llegó el palafrenero con su montura.

Mi omnicon clon —que ya había logrado una consistencia idéntica a la mía— hizo un gesto sumiso y evitó sus ojos exentos de clavos. Minerva le obsequió un sonsonete agudo y ensordecedor. Nada dijo, salió diva entre los comensales.

Lo dicho estuvo y puso a tiempo, puso cimientito y si miento es por egoísmo ensayado y nada espontáneo.

El demiurgo jugaba ya con los alfileres de Ifigenia y con sus anzuelos dorados tenazmente inmiscuidos en su agujero. La atraía y ella dejaba un reguero de algo gelatinoso y cálido.

Fueron a un lupanar, cometieron indultos y cultos.

Ella balbuceaba letanías en una semiconsciente mañana, mientras auguraba una falla en su sistema linfático, nada presagiaba lo bueno y lo malo no se presagia.

Capítulo 8

Ifigenia (parte 2)

Ella decía cosas sinuosas, con hipérbolas, hiperventilada, semiconsciente y diáfana.

Palas Atenea la observaba desde su búho e introducía en su pezón siniestro algunos anzuelos de jade a modo de souvenir. Había un flagelo, cierto flagelo que la henchía de petulancia.

A unos metros, un somorgujo no dejaba de augurar hambruna, muerte y vendimias mientras el diapasón tic tac tic tac tic tac tiraba de ella desde su pezón con anzuelos de forma disimulada. Ella, ignorante, disimulaba.

Obvio, el demiurgo había salido por la puerta de atrás con la óbito —aun sin rigor mortis— llena de papelitos pegados con frases célebres de Heráclito.

Palas Atenea observaba a mi omnicon clon con muchas dudas, yo, orondo, estaba lejos de allí. Reo, desbaratando un plan de ratas o intentando pasar de lado, eso no lo recuerdo; respondiendo un interrogatorio, eso recuerdo.

Era curioso, Ifigenia tenía la mirada clavada —esto es, llena de clavos— en un muro blanco, viscoso, fetal, amniótico. Cuando lo tocó le dio algo de repulsión y placer. Ella sentía por contradicción.

Desde que la exiliaron de Manhattan tenía unos engranajes debajo de las axilas que rechinaban con cada gesticulación histriónica. Ella no dejaba de rechinar.

Dijo un axioma dialéctico: Pegar a alguien es infringir dolor.

Palas Atenea dudo, hay personas que no tienen percepción del dolor, dijo a modo ilustrativo. Su búho en feroz contubernio miraba de soslayo buscando cierta complicidad y mi omnicon clon balbuceo incongruencias —cuando no!— dejando su postura pasiva decúbite supino.

Palas Atenea tenía una de sus tetas blanquinosas con aureola sonrosada, muy coqueta, breve y pragmática, la mostraba desde una toga purpura de traslúcida composición, tejidos de seda muy fina con entramado de

oropel.

—Entonces, miraras por donde caminas.

—¡Peripatético!.

—Una jofaina de fina porcelana es frágil.

—Leve paso, a paso, a paso, a paso.

—Sin dudas.

Esto merece una explicación. Mi omnicon había logrado demasiada independencia, me representaba mal, presentaba otra cosa, metáfora de otro yo-no-soy. Clon al fin, había descartado sus párpados y se había condenado a no pestañear para no perder fotograma. La aclaración viene a cuento para dejar en claro que los execrables hechos del demiurgo no fueron por mi presenciados, me llegaron por empatía desde mi omnicon clon.

Oh si! Sus engranajes axilares, de eso hablaba, eran cúpricos y tenían como pequeñas esferas para atascar el mecanismo en caso de emergencia. Las esferas eran como óvulos estériles.

Pues bien, ella hacía gestos con sus brazos muy parecidos a los que hacen los directores de orquestas pero en plan fragmentado, como un insecto en agonía, tic tac tic tac tic tac, y rechinaba desde sus engranajes. Había sido exiliada de Manhattan —¿lo dije ya?— y había ganado esos engranajes como escarmiento, una dolicocefalia extrema y una geronte actitud.

Palas Atenea, alejaba sus ojos, el búho voló sobre la bahía llenándola de azul mar, tiró un poco de los anzuelos, muy levemente, tan levemente que pasaron desapercibidos y ella siguió con sus gestos ampulosos de director de orquesta, sus rechinamientos, sus tropelías, sus atropellos, sus empellones y genuflexas intenciones.

Mi omnicon clon sin parpados no perdía detalle, su boca O, desdentada y llena de pinchos postizos hacía ruiditos malévolos crick crick crick famélico y belga.

Palas Atenea imprimió un poco de vértigo a los anzuelos, ella gimió atraída desde la oscura Estigia, vio la teta blanquinosa, el pezón sonrosado y mamó. Ciega, hizo un gesto de disgusto. Detestaba la apoplejía.

Capítulo 9

Tiresias

Reo en Cleveland, me despertaba alguna nostalgia, así de costado medio envarado, adéfago, desarrebozadamente hastiado esperaba sentencia. Atenea elaboraba sortilegios leguleyos desdeñando a la durindaina y lamentándose constantemente del clima. Yo, gallinoso, escondía laidamente mi menester. Mi omnicon clon parecía desentendido del asunto, dejóme laxo y mal dispuesto a fotogramas, pero relajado sin nada por hacer, los recibí indiferente. Fue así:

Uno de tantos —el llamado Tiresias— vio a dos sierpes en ardiente cópula, bucólico evento que a fuer de ser llano me dejaría expectante pero no a Uno que malfaciente dio de palos a la yunta matando a la hembra.

La consecuencia entre ominosa e hilarante, fue que quedó Uno convertido en hembra humana, dotada con anzuelos, señuelos, melindres, escafandras, escaramuzas, pretextos pretéritos y que lejos de ergullir le dejaron anonadado/a con tantos afeites, vagina y tetas.

Así anduvo por ocho añadas; meaba acuclillada, se sometía al sangrado mensual, lanzaba sus anzuelos y lampiña tejía mortajas para sus víctimas bien amadas.

Había adjuntado varios cachivaches a su anatomía como ser, embudos, émbolos, palitroques, jarcias, un mamotreto sextante, gineceos y algunos somormujos trágicos. Hacía el verano en Tebas como mercachifle y el invierno en Creta como ropavejera, siempre hembra de apariencia beligerante y dada a la lujuria del tálamo.

Llegose Tiresias Hembra cierto día a la campiña y vio al macho de la sierpe que había defenestrado y le hizo correr el mismo sino con una alabarda dorada, así volvió a ser hombre.

Atenea se puso de mal humor pues aquello era tan falaz como cualquier bolero, pero quedó tácita y expectante hasta el mismo final.

Mi omnicon clon seguía elucubrando fotogramas desde unos ocelos opuestos y nada dotados de párpados, tenía orzuelos y una pátina lustrosa color malva.

¿Yo? pues en Cleveland, mustio, presidiario y socarronamente desfallecido

libaba estroncio.

El llamado Tiresias tenía sin saberlo, la resolución de una discusión ancestral y Olímpica que era la siguiente:

Afirmación 1: la Consorte — El hombre goza más en el tálamo.

Afirmación 2: el demiurgo —Que no. La mujer es la que goza.

Aburrían desde hacía siglos con la cantinela y Atenea se volvió abúlica e inerte de tanto mal augurado fundamento de ambos lados. Lanzaban sus anzuelos y laberintos en indiscriminada prosa asonante, en endecasílabos hacían retruécanos y en palíndromos ejercitaban baladíes y supuestas habilidades aburriendo por partes iguales a propios y extraños.

La infinita disputa Olímpica, desgastaba a mi Musa más íntima; así Uno—el llamado Tiresias— fue llamado a comparecer, pues ambos, macho y hembra, había sido.

La Consorte le recibió con desdén y miradas de soslayo rodeada de mancebos erectos y afeitados. El demiurgo por su lado, se había munido de Atenea y se mofaban de tan emperifollado séquito.

Se dejaba mirar —Atenea— debajo de la falda por eunucos sebosos, aberrantes y nostálgicos mientras dispensaba humedades; en tanto mi omnicon clon hacía reverencias sin consecuencias y se obsesionó oteando una bandeja almibarada llena de cabezas pero sin cuerpos con diferentes gestos petrificados: ora reían, ora lloraban, ora gemían, ora gesticulaban, ora se sumían en contumaz ósculo.

Así Tiresias fue preguntado por la Consorte y el demiurgo al mismo tiempo y con la misma voz:

—A la hora del goce, ¿quien lo hace más efectivo, el macho o la hembra?. Tu que ambos ha sido dilo de una vez, maldito!.

—No hay duda que es la hembra— contesto el llamado Tiresias.

La Consorte acusó recibo de la derrota y furiosa lanzó sus anzuelos hacia el pobre Tiresias. Se soliviantó de paños, enarboló su clítoris y sus pezones enhiestos, los mancebos eyacularon todos a una y el llamado Tiresias quedó ciego (imagen: globos oculares ensartados en anzuelos y boca apoplética).

El demiurgo divertido miró a Atenea que tenía un orgasmo silente, invocó a Piedad y dio videncia exacta al llamado Tiresias.

En mi celda, reflexioné sobre la poca decencia de Atenea y me sometí a nuevas indagaciones por parte de las autoridades pertinentes...